

ficación. La muerte arrebató á Syfax (1) á la curiosidad pública, sin quitar nada á la gloria del triunfo: había muerto poco tiempo antes en Tibur, á donde le habían trasladado desde la ciudad de Alba. La muerte de este rey proporcionó otro espectáculo á los romanos, porque se le hicieron funerales públicos. Polibio, cuyo testimonio tiene bastante autoridad, dice que Syfax asistió al triunfo. En la comitiva que seguía al carro triunfal, veíase á Q. Terencio Culcon con el gorro del libertado en la cabeza (2): durante toda su vida mostró su gratitud á Scipión honrándole como á su libertador. En cuanto al epíteto de Africano, no puedo decir si lo debió al cariño de sus soldados ó al entusiasmo de la multitud, ó bien si fue al principio una adulación de sus amigos, como en tiempos de nuestros padres se llamó Feliz á Sila y Grande á Pompeyo. Lo cierto es que fué el primer general immortalizado por el nombre de la nación que había vencido. Más adelante, á ejemplo suyo, otros generales que no consiguieron victorias tan grandes, adornaron sus imágenes con títulos gloriosos, y transmitieron á sus familias nombres esclarecidos.

(1) Dicen algunos historiadores que Syfax asistió al triunfo de Scipión y que después se dejó morir de hambre en su cárcel.

(2) Signió los funerales de Scipión llevando también el pileo.

FIN DEL LIBRO XXX.

LIBRO XXXI.

SUMARIO.

Reproducción de la guerra contra Filipo — Su causa. — Concesión de la paz á los cartagineses. — Filipo sitia á Atenas. — Los habitantes piden socorro á los romanos. — Encárgase la dirección de la guerra al cónsul P. Sulpicio. — Sus ventajas sobre Filipo. — Desesperación de los habitantes de Abyda. — El pretor L. Furio derrota á los galos insubrios y al cartaginés Amílcar. — Alternativas de la guerra con Filipo. — Triunfo del pretor Furio.

Yo también me congratulo de haber llegado al fin de la guerra púnica, como si en persona hubiese tomado parte en sus fatigas y peligros. Me he atrevido á emprender la tarea de escribir toda la historia romana, y sé que haría mal en espantarme ante la enormidad de la empresa. Sin embargo, cuando pienso que sesenta y tres años (porque este tiempo transcurrió desde la primera guerra púnica hasta el final de la segunda) han llenado tantos libros (1) como los cuatro-

(1) Por el compendio de Floro se sabe que Tito Livio comenzó la historia de la primera guerra púnica en el libro XVI.

cientos ochenta transcurridos desde la fundación de Roma hasta el consulado de Ap. Claudio, que comenzó la guerra contra los cartagineses, mi ánimo flaquea y me encuentro como aquel que, desde los arrecifes de la playa, bajase á pie al mar; cuanto más avanzo, mayores profundidades y como abismo sin fondo veo abrirse delante de mí; parece que mi trabajo se ensancha en vez de acercarse á su término, como creía al terminar las primeras partes. Á la paz con Cartago siguió la guerra con la Macedonia, guerra que en nada puede compararse á la que hemos descrito, ni en peligros, ni en el talento del general, ni en el valor de los soldados, pero sobre la cual derraman cierto resplandor la fama de los antiguos reyes de aquella comarca, la gloria de una nación antigua y la extensión de un imperio que conquistó en otro tiempo, por la fuerza de las armas, gran parte de Europa y una parte más grande aún del Asia. Comenzada contra Filipo unos diez años antes (1), hacía tres que había cesado por la intervención de los etolios (2), que hicieron ajustar la paz después de haber sido causa de la guerra. Encontrándose al fin libres los romanos por la paz con Cartago, y no pudiendo perdonar á Filipo el haber violado los tratados relativamente á los etolios y á los otros aliados que Roma tenía en Grecia, ni haber enviado en otro tiempo al África tropas y dinero á An-

(1) Esta guerra comenzó en el quinto año de la segunda guerra púnica. Las hostilidades no fueron activas hasta después de la alianza concluída entre los romanos y los etolios, al comenzar el año noveno de la guerra púnica.

(2) Había obligado á Roma, ocupada de enemigos más temibles, á adoptar disposiciones pacíficas, ajustando, contra sus deseos, la paz con Macedonia.

nibal y los cartagineses, cedieron á las instancias de los atenienses, cuyo territorio había talado el Rey de Macedonia, encerrándoles en sus murallas, y comenzaron de nuevo las hostilidades.

Por la misma época llegaron legados de Atalo y de los rodios diciendo que trataban de sublevar las ciudades del Asia. Contestáronles que el Senado se ocuparía de los asuntos de aquella comarca (1). La deliberación acerca de la guerra de Macedonia se remitió íntegra á los cónsules que se encontraban en sus provincias (2). Entretanto, enviaron á Ptolomeo, rey de Egipto (3), tres legados, C. Claudio Nerón, M. Emilio Lepido y P. Sempronio Tuditano, para anunciar á aquel príncipe la derrota de Anibal y de los cartagineses, y para darle gracias por haber permanecido fiel á los romanos en el apurado momento en que les abandonaban hasta sus aliados más inmediatos (4). También debían pedirle que, en el caso de que los romanos se viesan obligados por las injusticias de Filipo á hacerle la guerra, se dignase conservar al pueblo ro-

(1) El Senado tenía que aprovechar todos los pretextos de guerra contra Filipo, para vengar el insulto que Pirro había inferido al nombre romano: la conquista del imperio de Alejandro lisonjeaba su orgullo tanto como su ambición, y era además el primer paso para sojuzgar la Grecia y dominar el Oriente.

(2) Elio Peto estaba en territorio de los boyos, y Cn. Cornelio Lentulo en Sicilia.

(3) Ptolomeo V Epifanio, que acababa de suceder á su padre Ptolomeo Filopator, solamente tenía cuatro años de edad. Los legados que le envió el Senado llevaban como verdadera misión encargarse de su tutela, que se disputaban ambiciosos ministros, y defender el Egipto contra la proyectada invasión que alimentaban Filipo y Antioco.

(4) Ptolomeo Filopator había enviado á Roma socorros de víveres durante una grande escasez de trigo.

mano su antiguo afecto. Por la misma época, habiendo sabido el cónsul Elio Peto, que se encontraba en la Galla, que antes de su llegada los boyos habían hecho incursiones por tierras de aliados, destacó dos legiones que había levantado apresuradamente para resistir aquel ataque, aumentólas con cuatro cohortes de su ejército y mandó á C. Oppio, uno de los jefes aliados, que atravesase con aquel ejército improvisado la parte de la Umbría, que los galos llaman tribu Sapina, para invadir el territorio de los boyos; dirección que él mismo tomó pasando por las montañas sin encontrar obstáculos. Oppio entró en tierras enemigas y las taló, al principio con bastante fortuna y seguridad. Después, habiendo elegido cerca de Castro Mutilo (1) una posición ventajosa, se puso en campaña para segar los trigos, que se encontraban ya en sazón. Había descuidado hacer reconocer las inmediaciones y establecer guardias bastante fuertes para que protegiesen con sus armas á los trabajadores desarmados y completamente entregados á su tarea; por lo que los galos le sorprendieron con brusco ataque, rodeándole con sus forrajeros: el espanto se apoderó hasta de los puestos armados, que huyeron. Cerca de siete mil soldados, dispersos en medio de los trigos, fueron muertos, quedando entre ellos el mismo C. Oppio. Los demás volvieron aterrados al campamento, y como habían quedado sin jefes reconocidos, partieron, de acuerdo, la noche siguiente, abandonando gran parte de sus equipos, y se reunieron con el cónsul, pasando por bosques casi impenetrables. Éste se contentó con talar las fronteras de los boyos, ajustó un tratado de alianza con

(1) Hoy Medolo, al pie de los Apeninos.

los ligurios ingaunos, y regresó á Roma sin haberse distinguido en su provincia por ninguna otra empresa.

En la primera reunión del Senado, la asamblea entera pidió que, antes de todo asunto, se ocupasen de Filipo y de las quejas de los aliados: discutióse en el acto el asunto, y la asamblea, que era muy numerosa, decidió que el cónsul P. Elio eligiese alguno para investirle del mando militar y enviarle á Macedonia con la flota que Cn. Octavio traería de Sicilia. M. Valerio Levino fué quien recibió el título de propretor, y marchó á Vibona, donde Cn. Octavio le entregó treinta y ocho naves, con las que pasó á Macedonia. El legado M. Aurelio acudió en seguida á su encuentro y le enteró de la fuerza de los ejércitos del Rey, el número de naves que había equipado y los trabajos que empleaba, no sólo con todas las ciudades del continente, sino en las mismas islas, bien visitándolas personalmente, bien enviando emisarios para llamar á sus habitantes á las armas. Era indispensable, dijo el legado, que los romanos desplegasen mucho vigor al comenzar aquella guerra, porque sus vacilaciones inspirarían á Filipo audacia para emprender lo que en otro tiempo osó Pirro con fuerzas muy inferiores; y se convino que Aurelio escribiría estas cosas á los cónsules y al Senado.

Al terminar este año, se ocuparon de designar tierras á los veteranos (1) que, bajo el mando y auspicios de P. Scipión, terminaron la guerra de África. El Senado decretó que el pretor urbano M. Junio, si lo creía necesario, nombraría decenviros para que midiesen y

(1) El autor menciona por primera vez esta recompensa, que más adelante se concedió con tanta frecuencia á los veteranos y concluyó por ser ley.

repartiesen las tierras del Samnio y de la Apulia, que pertenecían al dominio público: eligióse á P. Servilio, Q. Cecilio Metelo, C. y M. Servilio (denominados Géminis), L. y A. Hostilio Cato, P. Vilio Tappulo, M. Fulvio Flacco, P. Elio Peto y Q. Flamínio. Por la misma época, el cónsul P. Elio presidió los comicios y se creó cónsules á P. Sulpicio Galba y á C. Aurelio Cotta. En seguida se nombraron pretores á Q. Minucio Rufo, L. Furio Purpureo, Q. Fulvio Giló y Cn. Sergio Planco. Este año se celebraron los juegos romanos escénicos con magnificencia y esplendor por los ediles curules L. Valerio Flacco y L. Quincio Flamínio: las representaciones duraron dos días. Scipión había enviado de África inmensa cantidad de trigo, que los ediles distribuyeron al pueblo á razón de cuatro ases el modio, atrayéndoles el beneplácito general la buena fe con que hicieron la distribución. Los ediles plebeyos L. Apusto Fulo y Q. Minucio Rufo, que pasó de la edilidad á la pretura, celebraron tres veces los juegos plebeyos completos; con ocasión de estos juegos se celebró también un banquete en el templo de Júpiter.

El año de Roma 552, bajo el consulado de P. Sulpicio Galba y de C. Aurelio, comenzó la guerra con el rey Filipo, pocos meses después de hacerse la paz con Cartago. Este fué el primer asunto que el cónsul Sulpicio puso á deliberación en los idus de Marzo, día en que entraban en funciones los nuevos magistrados. El Senado decretó que los cónsules inmolasen víctimas mayores á los dioses que eligiesen y que les dirigieran esta plegaria: «¡Plégueos que los proyectos decididos por el Senado y el pueblo romano, en interés de la república y de la nueva guerra que van á emprender, tengan bueno y feliz resultado para el pueblo romano,

los aliados y el nombre latino!» Después del sacrificio y la plegaria, los cónsules oirían el parecer del Senado acerca de los asuntos públicos y repartición de provincias. En aquellos días se reunieron muchas circunstancias muy á propósito para excitar los ánimos á la guerra. Cuando se recibían las cartas del legado M. Aurelio y del propretor M. Valerio Levino, nueva legación de atenienses llegó anunciando que Filipo avanzaba sobre sus fronteras, y que muy pronto su territorio y la misma Atenas quedarían en su poder, si los romanos no les enviaban algún socorro. Primeramente se quiso oír de boca de los cónsules que el sacrificio se había realizado con todas las ceremonias acostumbradas; que los dioses habían aceptado la plegaria, como lo aseguraban los auspicios, y que las entrañas de las víctimas ofrecían buenos presagios, prometiendo aumento de territorio, victorias y triunfos (1). En seguida se leyeron las cartas de Valerio y Aurelio y se concedió audiencia á los legados atenienses. A continuación se redactó un senatusconsulto para dar gracias á los aliados por aquella fidelidad que ni solicitudes, ni siquiera el temor de un sitio, habían podido quebrantar. En cuanto á la petición de socorros, contestarían cuando los cónsules hubiesen sorteado las provincias y aquel á quien tocara la Macedonia propusiera al pueblo declarar la guerra á Filipo, rey de los macedonios.

La suerte designó la provincia de Macedonia á P. Sulpicio, y éste propuso en seguida la resolución siguiente: «El pueblo quiere y manda que se declare la guerra al rey Filipo y á sus súbditos los macedonios, á

(1) El Senado aprovechaba siempre la superstición para llevar al pueblo á que secundase sus proyectos.

causa de las violencias y hostilidades que han cometido en contra de los aliados del pueblo romano.» La Italia tocó á Aurelio, el otro cónsul. Los pretores obtuvieron en seguida por sorteo, Cn. Sergio Planco la jurisdicción urbana; Q. Fulvio Gilo, la Sicilia; Q. Minucio Rufo, el Brucio, y L. Furio Purpureo, la Galia. En los primeros comicios casi todas las centurias rechazaron la propuesta de la guerra de Macedonia (1). Los ciudadanos estaban cansados de una guerra tan larga y desastrosa, y el tedio de las fatigas y peligros les llevó naturalmente á la negativa; además, el tribuno del pueblo Q. Bebio, volviendo al antiguo sistema de recriminaciones contra los senadores, les acusaba de hacer brotar guerra sobre guerra para impedir al pueblo que saborease jamás las dulzuras de la paz. Estos ataques irritaron á los senadores, que en plena asamblea colmaron de ultrajes al tribuno del pueblo, y todos á porfía excitaron al cónsul á convocar de nuevo los comicios para someterles el proyecto de ley, reprimir la indiferencia del pueblo y hacerle comprender cuánto daño y deshonra tendría aplazando esta guerra.

El cónsul reunió los comicios en el campo de Marte; pero antes de llamar á las centurias para que votasen, les habló de esta manera: «Parece que ignoráis, oh romanos, que no tenéis que deliberar acerca de la elección entre la guerra y la paz; Filippo no os ha dejado esta alternativa, puesto que hace inmensos preparativos por mar y tierra para combatirlos. Sino que se trata de

(1) Justamente cansado el pueblo de ver derramada en tierras extranjeras la sangre de sus mejores ciudadanos, comprendía, por otra parte, que aquel aumento de enemigos y de victorias solamente servía para que tomase vuelo el poder dictatorial del Senado y disminuir su propia influencia en los negocios.

saber si llevaréis vuestras legiones á Macedonia ó si esperaréis al enemigo en Italia. Comprendéis la diferencia de los dos términos, porque es bastante grande, y además, la última guerra púnica está reciente para enseñárosla. En efecto, ¿puede dudarse que si cuando sitiada Sagunto apeló á nuestra buena fe, hubiésemos acudido á socorrerla con tanta prontitud como nuestros padres á los mamertinos, todo el peso de la guerra hubiese recaído sobre España, mientras que nuestras dilaciones lo trajeron sobre Italia, donde tan crueles desastres hemos experimentado? ¿No es cosa cierta que en el momento en que Filippo iba á pasar á Italia para cumplir el compromiso contraído con Anníbal, de viva voz y por escrito, enviando á Levino con una flota á llevar la guerra á sus estados, conseguimos contenerla en Macedonia? Lo que hicimos entonces, cuando un enemigo como Anníbal se encontraba en el seno de Italia, ¿podemos dudar hacerlo hoy que la Italia se encuentra libre de Anníbal, y Cartago vencida? Dejemos sucumbir á Atenas como en otro tiempo dejamos caer Sagunto bajo los golpes de Anníbal; demos á Filippo esta prueba de nuestra indolencia. Pues bien, no necesitará cinco meses como necesitó Anníbal para venir desde Sagunto, sino cinco días para que su flota pase desde Corinto á Italia. Filippo no vale lo que Anníbal; los macedemonios son inferiores á los cartagineses, bien lo sé; pero al menos admitiréis la comparación con Pirro. ¿Qué digo con Pirro? ¡Qué diferencia de hombre á hombre, de pueblo á pueblo! El Epiro fué siempre dependencia poco importante del reino de Macedonia, y todavía lo es hoy. Filippo tiene bajo su mando el Peloponeso entero y el mismo Argos, menos ilustre por su antigua fama que por la muerte de Pirro. Comparad

ahora nuestra posición. ¡Cuánto más floreciente estaba la Italia! ¡cuánto más íntegras nuestras fuerzas! Teníamos todos aquellos generales, todos aquellos ejércitos que la guerra púnica ha consumido después. Y sin embargo, los ataques de Pirro quebrantaron nuestro poder, y le vimos llegar como vencedor á establecer su campamento casi bajo las murallas de Roma. No solamente los tarentinos, ni aquella parte de la Italia llamada Grecia Mayor, nos hicieron traición entonces, atraídos al enemigo, como podréis creer, por la semejanza del lenguaje y de nombre; la Lucania, el Brucio y el Samnio se sublevaron contra nosotros. Si Filippo pasase á Italia, ¿permanecerían fieles á sus juramentos estas poblaciones? ¿Lo creéis? ¡Nos han sostenido también después de la guerra púnica! No; esos pueblos, mientras tengan un jefe que los reuna, jamás dejarán de hacernos traición. Si hubieseis retrocedido ante la conveniencia de pasar al África, todavía se encontraría hoy la Italia en la necesidad de combatir á Annibal y los cartagineses. Hagamos de Macedonia, más bien que de Italia, el teatro de la guerra. Que nuestros enemigos vean sus ciudades y sus campos entrados á sangre y fuego. Ya tenemos la experiencia: fuera, más bien que dentro de la patria, son más afortunadas y temibles nuestras armas. Marchad á votar, seguid las inspiraciones de los dioses y ratificad la decisión de los senadores. Esto os aconseja vuestro cónsul, y con él los dioses inmortales, esos dioses que han acogido mis sacrificios y plegarias cuando les he pedido que esta guerra tenga para mí, para el Senado y el pueblo, para los aliados y el nombre latino, para nuestra flota y ejércitos, bueno y feliz resultado, y que me han presagiado toda clase de prosperidades.

Después de este discurso se marchó á la votación, y en conformidad con el proyecto, quedó decidida la guerra. Los cónsules ordenaron entonces, de acuerdo con su senatusconsulto, tres días de rogativas. Imploróse á los dioses, delante de todos los altares, para que concediesen bueno y feliz resultado á la guerra que el pueblo había decretado contra Filippo. El cónsul Sulpicio consultó á los faciales para saber si era necesario que la declaración de la guerra se hiciese á Filippo en persona ó si bastaba hacerla en la frontera de su reino á la primera guarnición. Los faciales contestaron que de ambas maneras sería igualmente regular. El Senado encargó al cónsul que eligiese, fuera de la asamblea, los legados que irían á declarar la guerra al rey. En seguida se ocuparon de los ejércitos consulares y pretorianos: los cónsules recibieron orden de alistar cada uno dos legiones y licenciar las tropas veteranas (1). Sulpicio, que se encontraba encargado de una guerra nueva é importante, quedó autorizado para tomar del ejército que traería de África Scipión el mayor número posible de voluntarios, no debiendo llevar ningún veterano contra su voluntad (2). Los pretores L. Furio Purpureo y Q. Minucio Rufo, recibirían del cónsul cinco mil aliados latinos. Con estas tropas ocu-

(1) El Senado enviaba para combatir al Rey de Macedonia fuerzas muy inferiores á las que durante muchos años empleó contra las tribus bárbaras de los boyos é insubrios.

(2) Temía el Senado que llegaran á ser demasiado pesadas para el pueblo las guerras que, en su política, quería prolongar hasta lo infinito. De aquellos voluntarios y aquellos veteranos, no habían terminado todos su tiempo de servicio, y muchos de ellos no tenían derecho á la licencia. A pesar de la prohibición de alistarles, vemos que dos mil se quejaron de la violencia que los tribunos habían empleado con ellos.

parían el uno la Galia y el otro el Brucio. Q. Fulvio Gilo recibió orden de elegir por sí mismo en el ejército del cónsul P. Elio los soldados aliados y del nombre latino que llevaran menos tiempo de servicio, para formar un cuerpo de cinco mil hombres que guarnecerían la Sicilia. M. Valerio Falto, que, como propretor, había mandado el año anterior en Campania, obtuvo prórroga de poderes por un año, y fué enviado á Cerdeña con el título de propretor, debiendo elegir en el ejército que ocupaba aquella isla cinco mil auxiliares del nombre latino, de los que llevasen menos tiempo de servicio. Encargóse además á los cónsules que formasen dos legiones urbanas que pudieran emplearse en caso necesario. Muchos pueblos de Italia habían sido arrastrados durante la guerra á la alianza de Cartago, y aun se encontraban dominados por la ira, por lo que en este año también seis legiones romanas debían defender la República.

En medio de estos preparativos de guerra, legados del rey Ptolomeo vinieron á anunciar «que los atenienses habían pedido socorros á su señor contra Filipo; pero que, á pesar de ser Atenas su común aliada, el Rey no se decidiría, sin autorización del pueblo romano, á enviar á Grecia una flota ó un ejército para defender ni para atacar á nadie; que proponía, ó permanecer tranquilo en su reino, si el pueblo romano se disponía á proteger á sus aliados, ó dejar á los romanos la libertad de descansar, si así lo preferían, y enviar él los socorros necesarios para poner á Atenas al abrigo de las empresas de Filipo.» El Senado dió gracias á Ptolomeo y contestó «que el pueblo romano se proponía defender á sus aliados; que si necesitaban de auxilio en aquella guerra se lo participarían; que sa-

bían que el Rey y los recursos del Egipto eran seguro y fiel apoyo para la República.» En virtud de un *senatus-consulto*, cada legado recibió cinco mil ases de regalo. Mientras los cónsules alistaban las legiones y lo preparaban todo para la guerra, Roma, cuyos temores religiosos despertaban especialmente al comenzar una guerra nueva, no se limitó á las rogativas hechas ya, y á las súplicas pronunciadas delante de los altares: no queriendo omitir ninguna de las ceremonias practicadas en otras ocasiones, decretó que el cónsul á quien había tocado la provincia de Macedonia votase á Júpiter juegos y una ofrenda. El pontífice máximo Licinio mandó suspender este voto público, pretendiendo «que no debía votarse una cantidad indeterminada, si aquella cantidad no podía aplicarse á las necesidades de la guerra; que era necesario separarla en el acto y no mezclarla con las otras; sin esta formalidad, el voto sería irregular.» Mucho impresionó esta observación que partía de tan importante personaje; sin embargo, invitóse al cónsul para que consultase al colegio de los pontífices para saber si el voto de una cantidad indeterminada podía ser regular; los pontífices lo declararon posible y hasta más regular. El cónsul pronunció el voto, repitiendo ante el pontífice máximo los mismos términos que se emplearon antes para los votos quinquenales (1); al votar juegos y ofrendas, indicó solamente que el Senado determinaría la cantidad en el momento de la ejecución. Muchas veces se habían votado ya grandes juegos, pero determinando la cantidad: esta fué la primera vez que se dejó indeterminada.

(1) Ofrendas que prometían á los dioses si cinco años después continuaba la República en el mismo estado.

Fijábase la atención general en la guerra de Macedonia, cuando de pronto, en el momento en que menos se esperaba, llegó á Roma la noticia de una sublevación de los galos. Los insubrios, los genomanos y los boyos habían arrastrado con ellos á los salienos, los ilvatos y demás pueblos de la Liguria, y bajo el mando de un general cartaginés, llamado Amílcar, que se había establecido en aquella comarca con los restos del ejército de Asdrúbal, habían asaltado á Placencia (1), entregando la ciudad al saqueo, y, en su furor, quemándola en gran parte; en seguida, dejando apenas dos mil hombres en medio de aquellas humeantes ruinas, atravesaron el Po y marcharon sobre Cremona para saquearla. Los habitantes supieron á tiempo el desastre de sus vecinos para cerrar las puertas y colocar soldados en las murallas, decididos á sostener un sitio antes de dejarse forzar, y contaban hacer prevenir al pretor romano. Mandaba entonces la provincia L. Furio Purpureo, quien, en conformidad con las órdenes del Senado, había licenciado todo su ejército, exceptuando cinco mil aliados latinos, con los que se había establecido próximo á la provincia, en las cercanías de Ariminio. El pretor escribió al Senado para enterarle de la agitación que reinaba en la comarca. «De dos colonias, decía, que habían escapado al azote devastador de la guerra púnica, una había sido tomada y saqueada por el ene-

(1) Esta ciudad, que debía su nombre á su agradable posición (*a placendo*), era una colonia romana, fundada al mismo tiempo que Cremona (en el año 218 antes de J. C., quinientos treinta y cinco años después de la fundación de Roma), para asegurar la fidelidad de los ligurios y de todas las tribus de las Galias ligurias, cuya heroica resistencia hizo temblar muchas veces á Roma.

migo, la otra estaba sitiada; su ejército era demasiado débil para salvar la colonia; intentar lo era arrojar sus cinco mil hombres bajo el hierro de cuarenta mil galos, porque tal era el número de los sublevados; sería querer aumentar con un gran desastre la insolencia de aquel enemigo tan orgulloso ya por haber arruinado una colonia romana.»

Después de la lectura de esta carta se decretó que el cónsul C. Aurelio, que había citado á su ejército en la Etruria, le mandase presentarse aquel mismo día en Ariminio, y que él iría en persona, si lo permitía el interés de la República, á dominar la insurrección gala; ó bien que escribiría al pretor L. Furio, para que se pusiese al frente de las legiones en cuanto llegasen de Etruria, que enviase á reemplazarlas sus cinco mil aliados para defender aquella provincia, y que marchase á levantar el sitio de la colonia. Decidióse también enviar al África legados, que marcharían primero á Cartago y después á Numidia cerca de Masinissa. Debía manifestar á los cartagineses: «que Amílcar, un conciudadano suyo, había quedada en la Galia; que no sabían bien si con restos del ejército de Asdrúbal ó con los del de Magón, hacía la guerra en contra de los tratados, y que había llamado á las armas en contra del pueblo romano á las poblaciones galas y ligurias; que si los cartagineses querían conservar la paz, le llamasen y entregasen á los romanos.» Llevaban también orden de declarar «que no habían sido devueltos todos los tráfugas; que muchos de ellos, según se decía, se presentaban en pleno día en Cartago; que era necesario buscarlos á todos, prenderlos y entregarlos á Roma, según el tratado.» Esta fué la misión de los legados para Cartago. En cuanto á Masinissa, llevaban encargo de felicitarle por haber reco-

brado el reino de sus padres, aumentándolo con la parte más floreciente de los territorios de Syfax. Decíanle también «que habían declarado la guerra á Filipo, porque había suministrado socorros á los cartagineses; porque las violencias que ejerció con los aliados de Roma, cuando el fuego de la guerra devoraba la Italia, habían exigido el envío de flotas y de tropas á Grecia; en fin, porque esta diversión había sido una de las principales causas del retraso que experimentó la expedición al África. Para esta guerra se pedía á Masinissa un socorro de caballería numida.» Los embajadores llevaron magníficos regalos á Masinissa, vasos de oro y de plata, una toga de púrpura, una túnica bordada de palmas, un cetro de marfil, una toga pretexta y una silla curul. También recibieron orden de ofrecerle que «si creía necesitar algún apoyo para asegurar y aumentar su poder, el pueblo romano no omitiría nada en favor de un Rey que tan útilmente le había servido.» Por este mismo tiempo se presentaron al Senado legados de Vermina, hijo de Syfax, queriendo excusarle, hablando de su imprudencia y juventud y atribuyendo la falta á la perfidia de los cartagineses. «El mismo Masinissa, decían, fué enemigo de los romanos antes de ser amigo; también Vermina empearía todos sus esfuerzos para que nadie le superase en buenos servicios al pueblo romano, ni Masinissa ni ningún otro. Pedía, pues, que el Senado le concediese el título de rey, de aliado y de amigo.» A estos legados contestaron: «Que sin motivo alguno, su padre Syfax pasó de pronto de la alianza y partido de los romanos á las filas de sus enemigos; que el mismo Vermina había empuñado por primera vez las armas para combatir á los romanos: así, pues, debía procurar conseguir del

pueblo romano la paz antes de pedir el título de rey, de aliado y de amigo; que estos honrosos títulos el pueblo no los concedía ordinariamente más que á los reyes que se habían distinguido prestándole señalados servicios; que por lo demás, muy pronto pasarían al África legados romanos, y que el Senado les encargaría dictar á Vermina las condiciones de la paz, dándoles el pueblo romano plenas facultades para ello; que si el príncipe quería añadir, quitar ó cambiar alguna cláusula, tendría que dirigirse de nuevo al Senado.» Los legados que marcharon al África con estas instrucciones fueron C. Terencio Varron, Sp. Lucrecio y Cn. Octavio: cada uno de éstos iba á bordo de una quinquerreme.

En seguida se leyó al Senado una carta del pretor Q. Minucio, que mandaba en la provincia del Brucio; éste decía «que durante la noche habían sustraído en Locros dinero de los tesoros de Proserpina, y que ningún indicio podía poner sobre el rastro de los culpables.» El Senado se enteró con indignación de que no cesaban los sacrilegios, y que el ejemplo de Pleminio, el ruidoso castigo que sufrió en otro tiempo aquel criminal no evitaba aquellos atentados. Encargóse al cónsul C. Aurelio que contestase al pretor en el Brucio «que el Senado mandaba hacer una investigación sobre aquel delito tan rigurosa como la que el pretor M. Pomponio hizo tres años antes. Devolveríase al tesoro todo el dinero que se encontrara; completariase lo que faltase y harían sacrificios expiatorios, si se creía conveniente, como antes dispusieron los pontífices, ofreciéndolos en reparación del ultraje hecho al templo.» Por la misma época se recibieron de diferentes puntos noticias de prodigios: decíase que en Lucania había aparecido inflamado todo el cielo; en Piverno, con tiempo sereno,

el sol había estado un día entero de color de sangre; en Lanuvio habíase oído extraordinario ruido durante la noche en el templo de Juno Sospita. Anunciábase también el nacimiento de muchos monstruos en diferentes parajes: en la Sabina, un niño de dudoso sexo, hombre y mujer á la vez; habíase encontrado también otro hermafrodita de diez y seis años; en Frosinone, un cordero con cabeza de cerdo; en Sinuesa, un cerdo con cabeza de hombre; en Lucania, en un campo perteneciente al Estado, un potro con cinco patas; seres repugnantes y deformes que se consideraban como errores de una naturaleza pervertida. Tenían especialmente en horror á los hermafroditas, y en seguida se mandó arrojarlos al mar, como en tiempos anteriores, bajo el consulado de C. Claudio y de M. Livio, se arrojó otro monstruo del mismo género. Sin embargo, mandóse á los decenviros que consultasen los libros sibilinos acerca de este prodigio; y según estos libros, los decenviros prescribieron las mismas ceremonias que recientemente se habían celebrado á consecuencia de parecido prodigio. Decretaron además que tres coros de nueve doncellas cantasen un himno, recorriendo la ciudad, y llevasen una ofrenda á Juno Regina. El cónsul C. Aurelio hizo ejecutar las ordenes de los decenviros: el himno anterior lo compuso Livio; ahora lo hizo P. Licinio Tégula (1).

Todas las expiaciones estaban terminadas; en Locros Q. Minucio había descubierto á los sacrilegos, y de los bienes de los culpables se había reemplazado la cantidad sustraída al tesoro, y los cónsules se disponían

(1) Considerábase á Licinio Tégula como el cuarto entre los mejores autores cómicos.

á marchar á sus provincias cuando se presentó al Senado considerable multitud de ciudadanos: eran aquellos que, bajo el consulado de M. Valerio y M. Claudio, habían prestado dinero á la República, y que debían cobrar en este año el tercer plazo de su crédito (1). Pero previendo los cónsules que para una guerra nueva que exigía numerosa flota y poderosos ejércitos, apenas bastaría el tesoro, les declararon que no podían pagarles entonces. El Senado comprendió la justicia de sus quejas. «Si el dinero prestado para la guerra pública debía servir ahora para la macedónica, y se sucedían de aquella manera unas guerras á otras, ¿no equivalía aquello á confiscar sus bienes y castigar su abnegación como un delito?» La reclamación de los ciudadanos era legítima, y sin embargo la República no podía pagar sus deudas: adoptóse, pues, un término medio entre la justicia y la necesidad, y se decretó «que habiendo mostrado la mayor parte de los acreedores deseos de comprar terrenos de los que por todas partes se encontraban en venta, se les entregaría la propiedad de las tierras del Estado, situadas á cincuenta millas alrededor de Roma; que los cónsules las apreciarían y á cada yugada le impondrían de tributo un as para indicar que formaban parte del dominio público; y que cuando el pueblo pudiese pagar, los que prefiriesen el dinero á aquellas tierras, las devolverían al Estado.» Los acreedores aceptaron con regocijo aquel arreglo, y se llamó á aquellas tierras Trientinas y Tabulinas (2), porque habían servido para pagar la tercera parte de la deuda pública.

(1) Este préstamo había tenido lugar en el noveno año de la segunda guerra púnica.

(2) La tabla de las deudas.